

TRATADO III 1/2

Cómo Lázaro se asentó con un adivinador de futuros que embaucaba a sus clientes con una bola de cristal

Después de que mi pobre amo, el escudero, huyera y me dejara abandonado, decidí irme de Toledo y dirigirme a otro pueblo en busca de un nuevo amo a quien servir.

Después de estar varias semanas caminando, alimentándome de los frutos que había en los bosques que se encontraban a ambos lados del camino, y bebiendo agua de alguna fuente que rara vez me encontraba, llegué a un pequeño pueblo, que se encontraba no muy lejos de Toledo.

Allí me puse a buscar a quien sería mi nuevo amo, pero esta vez elegiría bien. Elegiría a un amo que no fuese pobre, que tuviese comida que llevarse a la boca y que no me maltratase. Y lo encontré, pero poco tiempo estuve con él, pues no era la clase de persona que yo creía que era.

Resulta que en aquel pueblecito había instalado un pequeño puesto, de esos en los que, supuestamente, adivinan el futuro. Fuera, al lado de la puerta, había un cartel que decía “SE NECESITA AYUDANTE”, así que me decidí y entré.

Una vez dentro, vi que el puesto estaba casi a oscuras, y digo casi porque al final de todo, en una pequeña mesa, había una vela encendida, casi consumida.

Detrás de aquella mesa, estaba sentado un hombre. Cuando se giró, vi que era un hombre de mediana edad, con un pequeño bigote, el pelo corto y parecía bastante corpulento, pero no lo podía saber bien, porque estaba sentado.

-Hola -saludé-, venía por el cartel que hay en la puerta, el que dice “SE NECESITA AYUDANTE”.

-Ya sé de qué cartel hablas -dijo con voz profunda-, es el único cartel que hay en la puerta.

-Ah, sí, claro -dije algo aturdido.

Así que vienes para el puesto de ayudante -dijo, como si no fuera nada del otro mundo que un muchacho se presentara en busca de aquel trabajo.

-Sí, señor.

-Permíteme que te diga que, para ser mi ayudante, tendrás que demostrarme tu capacidad de observación y tus dotes para la adivinación de futuros.

-Pero, señor -dije extrañado-, yo no sé nada de adivinación de futuros.

-Eso ya lo veremos. Por cierto, todos me conocen por “El Adivinador”, pero tú me llamarás Señor, ya que, dentro de poco, seré tu amo.

-Yo soy Lázaro de Tormes, Señor, y estoy dispuesto a hacer todo lo que haga falta para conseguir este trabajo.

-Muy bien, Lázaro, pareces muy seguro de ti mismo, y eso me gusta -dijo con una sonrisa-. Ahora, me vas a tener que decir de dónde proviene esta luz, para saber cuán observador eres.

Después de decir esto, pulsó un interruptor y, de repente, toda la habitación se llenó de luz, pero no era una luz de velas, no, aquella luz provenía de otro lugar, pero yo no sabía de cuál y no fui capaz de descubrirlo, así que se lo hice saber a mi futuro amo:

-Señor, no encuentro el lugar de procedencia de esta hermosa luz. ¿Me lo podéis decir vos, por favor?

-Claro, Lázaro, pero con esto me demuestras que no eres muy observador -dijo, algo decepcionado-. La luz proviene de unos pequeños agujeros que hay en la pared y que he destapado al pulsar el interruptor. La luz que está iluminando la habitación es la luz del sol, querido Lázaro.

Estaba impresionado por lo que me acababa de decir. Jamás me habría imaginado que aquella luz proviniese del sol.

-¿Ves esta bola de cristal, Lázaro?- prosiguió "El Adivinador".

-Sí- le respondí, algo confuso.

-Pues quiero que te acerques y me digas qué es lo que ves en ella.

Me acerqué, pero en la bola lo único que veía era mi reflejo, así que se lo hice saber a mi "amo".

-No veo nada, Señor.

-Bien, pues entonces estás contratado -me dijo-. Mañana mismo empiezas a trabajar como portero. Pero ahora me vas a acompañar y te enseñaré mi casa, que a partir de ahora, también será tu casa.

-Gracias, Señor- le dije muy contento.

Me guió por todo el pueblo, hasta llegar a una pequeña casita que había cerca del centro. La casita estaba hecha de piedra de un color blanco, ya desgastado por el paso de los años.

Mi nuevo amo me hizo pasar a un pequeño comedor, en el cual cenamos pescado. Luego, me llevó a la que sería mi habitación durante un corto período de tiempo.

A la mañana siguiente, me hizo levantar muy temprano, desayunamos y nos fuimos andando al puesto.

Allí, yo tenía el oficio de hacer pasar a los clientes y vigilar que nadie entrara en el puesto en ausencia de mi amo.

-¡Bienvenido al puesto de “El Adivinador”, señor!- le dije al primer cliente que teníamos aquel día-. Pase y que “El Adivinador” le desvele su futuro.

El hombre entró, y al cabo de un rato salió con una enorme sonrisa en la cara.

Todos los clientes que entraban, después salían con una enorme sonrisa, y esto me hizo pensar: “Por fin he encontrado a un amo que hace feliz a la gente”. Pero qué equivocado estaba.

Cuando se fue el último cliente, entré y le dije a mi amo:

-Señor, este era el último cliente.

-Muy bien, Lázaro -me dijo-. Hoy ha sido un día de mucho trabajo. Eso está bien -se quedó un rato pensando y después me preguntó-. Lázaro, ¿quieres que te adivine el futuro?

-No, Señor-respondí-. Yo quiero adivinar mi futuro poco a poco, con el paso del tiempo.

-De acuerdo, entonces. Vámonos a casa, que se nos está haciendo tarde.

Fuimos todo el camino de vuelta por el centro del pueblo y en silencio. Cuando llegamos a casa, mi amo me dijo:

-Lázaro , sé que te extraña que siempre vayamos por al centro del pueblo, habiendo caminos más cortos para llegar aquí, pero es que yo no puedo ir por otros caminos, por eso te ruego que tú tampoco vayas, que siempre tomes el camino que va por el centro. ¿De acuerdo?

-Sí, Señor- le respondí, intentando parecer tranquilo-. Me voy a dormir, hasta mañana.

-Hasta mañana- me contestó.

Aquella noche no pude dormir. Estuve toda la noche dando vueltas, pensando en lo que me había dicho mi amo. ¿Por qué no quería que fuese por otros caminos? ¿Por qué solo podía ir por el centro? Algo me estaba ocultando y lo iba a descubrir.

Al día siguiente, mi amo me dijo:

-Lázaro, hoy no vamos a ir al puesto porque tengo que hacer unos cuantos recados, así que tienes el día libre.

Después de despedir a mi amo, decidí que iba a empezar a investigar por el puesto, para ver si por allí guardaba algo que estuviera relacionado con que mi amo no quisiera que fuera por otras calles del pueblo que no pasaran por el centro.

Cuando llegué al puesto, me puse a inspeccionarlo a fondo, pero lo único que encontré que me llamara la atención fue aquella bola de cristal que mi amo tenía encima de la mesa.

Cuando la cogí, la bola me resbaló y cayó al suelo. Yo pensé que se había roto, pero, para mi sorpresa, ¡la bola había rebotado! Aquella no era una bola de cristal, era una vejiga seca de cerdo llena de aire con trozos de espejos pegados, lo que hacía que uno se reflejara en ella.

¡Mi amo era un embaucador! Engañaba a sus clientes haciéndoles creer que les leía el futuro, pero no era cierto.

Seguí buscando en los cajones y descubrí bolsas y bolsas llenas de dinero, y aquel dinero no lo había ganado con su trabajo, por lo que mi amo ¡también era un ladrón!

Aquello no podía seguir así. Tenía que encontrar una manera de descubrir a mi amo, ya que no podía permitir que siguiera engañando a la gente de esa manera. Me fui a casa intentando encontrar una forma de descubrir a mi amo, mas aquella noche no la encontré.

Cuando llegué a casa, mi amo ya estaba allí. Me preguntó qué había hecho en todo el día y yo le dije:

-Nada, Señor, estuve dando una vuelta por el pueblo, pero siempre por el centro.

-Así me gusta, que seas obediente -me dijo, muy tranquilo.

“Pero no te relajés”, pensé, “porque pronto voy a dejar de ser obediente y voy a contarle a todo el mundo quién eres en realidad”.

Al día siguiente, fuimos al puesto. Pero cuando entró un cliente, en vez de quedar en la entrada esperando, me fui hacia la pared que estaba en la parte de atrás del puesto y espí lo que hacía mi amo a través de un agujero. En ese momento, mi amo estaba diciendo:

-Buenos días. Soy “El Adivinador” y supongo que quiere que le adivine el futuro.

-Así es -respondió el hombre que estaba sentado enfrente-, quería saber qué es lo que me depara el futuro.

-Bien, pero antes tendrá que pagarme -dijo mi amo-. Son 400 maravedís.

-¡400 maravedís! -gritó el hombre- ¡Usted está loco!

-¿Cree que le iba adivinar el futuro gratis? No, señor. Eso es un acosa muy difícil de hacer y cuesta dinero.

-Muy bien, tiene razón -dijo el hombre, sacando una bolsita con dinero-. Aquí tiene.

-Bien, ¿qué es lo que realmente quiere saber?

-Quiero saber si mi mujer me es fiel o no.

-¿Usted cree que le es infiel? -preguntó mi amo.

-Si lo supiera, no estaría aquí -dijo el hombre, algo irritado.

-No, claro, tiene razón -dijo mi amo-. Ahora, espere un momento.

Mi amo se puso serio y empezó a “buscar” algo en su “bola de cristal”. Al cabo de unos minutos, mi amo dijo:

-En verdad, su mujer es muy fiel. Una mujer totalmente honrada.

Vi como el hombre se levantaba y le daba las gracias a mi amo, así que me fui corriendo a la puerta para despedirlo. Cuando se fue, entré en el puesto y le dije a mi amo que aquel era el último cliente, y él me dijo:

-Entonces, puedes irte, Lázaro. Yo tengo que arreglar algunas cosas aquí, así que vete.

Me fui, pero en vez de ir por el centro del pueblo, decidí ir por uno de los callejones que tenía prohibido pisar.

Me pareció un callejón como cualquier otro, hasta que llegué a una casa en la que, encima de la puerta, había un letrero que decía "GUARDIA" y, al lado, una foto de un hombre muy parecido a mi amo, solo que sin bigote, y debajo ponía "SE BUSCA. Desiderio, "El Embaucador". Se hace pasar por adivinador de futuros, pero todo lo que dice es una farsa. Si lo ven, avisen a la Guardia".

¡Así que mi amo y el de la foto eran la misma persona! ¡Y la Guardia lo estaba buscando! Tenía que hacer algo, y deprisa.

Me fui a casa. Cuando llegué, mi amo estaba guardando toda su ropa, cosa que no me extrañó.

-Señor -le dije intentando parecer sorprendido-, ¿por qué guarda toda su ropa en esa bolsa?

-Porque mañana mismo nos vamos de este pueblo, Lázaro -me dijo-. Tenemos que irnos de aquí y no me preguntes por qué.

¡Claro que no se lo pregunté, porque ya lo sabía!

Al día siguiente volvimos al puesto, pero no para trabajar, sino para recoger las pocas cosas que mi amo tenía allí.

Estábamos en ello cuando, de repente, apareció el hombre, al que mi amo había "descubierto" el futuro el día anterior, furioso.

-¡A ti te voy a matar! - gritó- ¡Tu bola no sirve para nada! ¡Todo lo que dijiste era MENTIRA!

-Bueno, la bola no siempre acierta -dijo mi amo asustado.

-¡Acertar te voy a acertar yo la cabeza! -gritó el hombre y se abalanzó sobre mi amo.

Empezó a pegarle y yo aproveché ese momento para ir a avisar a la Guardia.

Cuando llegamos al puesto, el hombre tenía un bigote postizo en la mano y cara de asombrado, y mi amo estaba tirado en el suelo, sangrando y gritando como un loco.

-¡Alto! -gritó un Guardia-. Desiderio, queda usted detenido.

-¿Cómo me han encontrado?- preguntó mi amo asustado.

-Él nos avisó -dijo el Guardia, señalándome.

-Lázaro, ¿cómo has sabido que era un estafador? -preguntó Desiderio, estupefacto.

-Por vuestra bola de cristal, o debería decir, por vuestra vejiga con espejos- dije tirando la vejiga al suelo y viéndola rebotar.

-Pero yo te di dinero y comida y un lugar para vivir y ¿tú me lo pagas así?

-Sí, así os lo pago. Porque por nada en el mundo permitiría que se engañara a la gente de este modo, destruyendo sus sueños a base de mentiras. De ninguna manera permitiría que una persona tan hostil como vos se gane la vida mintiendo a la gente sobre su futuro.

Después de que acabara mi discurso, se llevaron a mi amo preso. Todos me dieron las gracias por haberlo descubierto y luego se fueron. Pero yo no estaba contento por lo que acababa de hacer, pues me había quedado sin dinero, sin trabajo, sin comida y sin lugar para vivir, así que me fui de aquel pueblo en busca de otro amo y otro lugar para vivir.

FIN

Por: Lucía Paz Núñez. 3º ESO –B-